

A hand holding a mallet in front of a burning archway. The background shows a stone archway with a wooden door, engulfed in flames and smoke. The scene is dramatic and historical.

FRANCISCO NARLA

# EL TREIA

COMPOSTELA, 1117.

UN OBISPO CORRUPTO. UNA REINA TRAICIONADA.

UNA CATEDRAL EN CONSTRUCCIÓN.

UNA REVOLUCIÓN A PUNTO DE ESTALLAR.

NACE EL CAMINO DE SANTIAGO.

istoría

# ULTREIA

FRANCISCO NARLA

istoria

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Francisco Narla, 2026, representado por Albaronedo Agencia Literaria

© Editorial Planeta S. A., 2026

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de colección: Sylvia Sans Bassat

Imagen del cuaderno de notas: © Shutterstock

Ilustración de la catedral: © Francisco Suárez Beltrán

Primera edición: marzo de 2026

Depósito legal: B. 24.557-2026

ISBN: 979-13-87714-23-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España



# Enterradores



## I

Murió a las puertas del paraíso.

Y no lo recibió san Pedro con el manajo de llaves. Se hizo cargo un canónigo con prisa, y dos enterradores.

Ellos tres y la muchacha.

Y no se ocuparon del muerto por piedad. Al canónigo se lo ordenaron, a los enterradores les convenía y a la muchacha no le quedaba otro remedio.

De haberlo tenido, la muchacha no se jugaría así el pellejo. A un resbalón de partirse la crisma.

Pero no tenía otro remedio.

A oscuras, a tuestas, cuando aún era noche cerrada, escaló el laberinto de traviesas, hasta diez varas de altura. Y se escondió entre los trastos de los albañiles, en el andamio que rodeaba el nuevo palomar del obispo, en la esquina del cementerio. Faltaba techarlo, y rematar la puerta, pero nadie trabajaría en el palomar aquel día. Ni en el palomar ni en ninguna otra parte, ni siquiera abrirían las tabernas. No hasta terminar el juicio. El obispo Gelmírez lo había ordenado.

Compostela se había detenido, excepto para enterrar a los muertos antes de que apestasen, y en la catedral. La catedral jamás se detenía, ni siquiera las fiestas de guardar.

La muchacha se encaramó al andamio y se escondió, hasta que llegaron los otros tres con el muerto en un carretón. Y el eje, que chirriaba, fue el único en lamentar que aquel desgraciado se hubiera quedado tieso a los pies de las obras de la catedral.

Los otros tres se ocupaban del asunto. Ella esperaba, y engañaba al hambre mordisqueando un trozo de cuero, agazapada en lo alto del palomar, no lejos de la capilla que, como a la puerta de la muralla y al mismo cementerio, llamaban de la Trinidad. Al palomar acabarían por llamarlo también de la Trinidad.

Desde allí, viendo sin ser vista, observó al canónigo marcharse y a los enterradores convertirse en ladrones.

Y allí, entre las hileras de nichos para los nidos, un traspie bastaba para matarse. Ni los gatos se jugaban un mal paso en aquellas alturas. Pero a ella no le molestaba, se sentía cómoda donde otros vomitaban de puro vértigo. Además, le gustaban los pájaros.

Ella era un pájaro. Un pájaro sin nido.

Y como algunas mujeres de los pueblos, esas que se acercaban a la Puerta de Mazarelos para vender verduras, llevaba plumas en el pelo. Una vieja costumbre, como cortar mimbres en menguante, o acudir a las fuentes para sanar.

Le gustaban los pájaros. Y le gustaban las viejas costumbres, le gustaban porque las había prohibido el obispo. Y porque seguían agarradas a la gente, sobre todo a los rebeldes. De sus cabellos, que limpios hubieran sido trigo maduro, colgaban dos plumas, una de halcón y otra de lechuza.

Y roía en silencio el viejo cinturón. Acurrucada tras un capazo roto. Asomando un ojo, del color del mar más allá de Finisterre, para espiar el triste entierro.

Esperaba su oportunidad.

Avispada, alerta. Una chispa a punto de saltar de un leño en la hoguera.

Y su oportunidad se presentó cuando los enterradores encontraron lo que escondía la tapa del zurrón.

Una oportunidad de plata.

## II

El dueño del zurrón, aquel desgraciado, había muerto la tarde anterior. A tres pasos de completar el camino. En la plaza del mercado de peregrinos, a la sombra de la entrada norte de la nueva catedral.

Se llevó la mano al hombro, al pecho. Y de la garganta se le escapó un crujido. Eso fue todo. Se desplomó junto a la fuente. A los pies de los canteros.

Francesa era como llamaban muchos a la puerta norte de la catedral, pero otros le decían la del Paraíso, porque en los dinteles estaba el mismísimo señor Dios, padre y todopoderoso. Severo, regañaba a Adán y Eva y, unos palmos más allá, los condenaba a ganarse el pan con el sudor de la frente.

Allí quedó, tieso. Con el rostro desencajado, y su zurrón, a tres pasos.

Otro peregrino muerto en el camino.

Y en las tiendas de la plaza, entre botas de vino, zapatos, morrales de piel de ciervo. Entre correas, cinturones y conchas de vieira. Apenas hubo revuelo.

Ni los canteros se detuvieron, no se enterase el obispo. Tenían que terminar los caños de la fuente, cuatro, en forma de leones, espléndidos leones de fauces abiertas de las que brotarían cuatro chorros, como cuatro eran los ríos del Edén. Su eminencia quería que el Paraíso recibiera a quien llegaba hasta Compostela, auténtica Jerusalén celeste puesta en este paño de lágrimas.

Otro peregrino, uno con recias botas de germano, pasó por encima del muerto sin más que un reajo, y entró con prisa en la catedral, como si alguien fuera a llevarse las reliquias del apóstol.

Nadie hizo nada, hasta que un novicio de San Martín Pinario, que sacaba un carro lleno de estiércol, detuvo a las mulas del tiro, una de ellas con las orejas embadurnadas de unguento para la sarna y la otra con el pellejo negro como el carbón, y se acercó. Después de tantearlo con la sandalia, vertió una señal de la cruz y dio aviso.

Y se lo llevaron, entre el repicar de los canteros, los cuchicheos de quienes pasaban, y las promesas de una viejuca que vendía romero recogido el día de San José.

Se lo llevaron, a él y a su zurrón, al monasterio de San Martín Pinario, donde lo habrían de amortajar, para enterrarlo al día siguiente.

### III

A quien moría en el camino a Compostela se le enterraba sin gastos, por caridad. Y, como la mayoría hacían testamento antes de partir, el asunto se resolvía con un tedeum y dos puñados de tierra.

Pero a aquel pobre desgraciado iban a despacharlo con más prisas de lo habitual.

El canónigo miraba inquieto al cielo, donde el sol tejía encajes con nubes que amenazaban lluvia sobre la girola a medio hacer de la nueva catedral.

Resultaba un trío extraño. El canónigo impoluto, con una casulla más valiosa que todas las lápidas de la Trinidad, hechas con restos de las obras. Y los dos enterradores, cubiertos de mugre como ratas de estercolero.

Lo despacharon rápido, al del zurrón. Entre tumbas donde la

hierba aún no crecía, lo bajaron a la fosa y, antes de tocar tierra, lo sembraron de latines.

El canónigo los dijo de carrerilla. Con tanto acento que apenas se entendió.

—Acoge la recompensa divina. Tus pecados son perdonados. Tu alma queda limpia, sin mácula —recitó—. Santiago Apóstol, el Zebedeo —le faltó ponerse de puntillas—, el hermano de Juan, el favorito de nuestro Señor, su Hermano —se puso de puntillas, mezclando las erres con las ges—, el mismísimo Santiago, el Hijo del Trueno, te conducirá a las glorias celestiales.

Siguió con sus carreras y su acento, era uno de los cluniacenses traídos al escritorio de la catedral desde los monasterios de allende el Pirineo. Escupió cuatro salmos como si le quemasen los labios. Se persignó, y se marchó como si el muerto hubiera empezado a arder.

—*Requiescat in pace...*

El último latinajo sobre el hombro, recogíendose aquella casulla de la mejor lana y torciendo los labios, porque se le ensuciaban las sandalias en la tierra suelta, donde el barro se multiplicaba como los panes.

En cuanto salió del camposanto, camino al otero donde se alzaban la catedral y sus eternas obras, los enterradores se miraron.

—Me apuesto mi parte de lo que saquemos —dijo uno con tanta retranca como envidia— a que una de las garras de la Juana lo espera... ¡Con el higo caliente y despatarrada!

Fue el más bajo de los dos, tuerto y nervudo, sacándose con uñas sucias un largo moco que, después de examinar a conciencia, restregó contra el mango de la pala.

—No —respondió el otro, que revolvía entre dientes podridos un palillo hecho con una astilla—, apacíguate, no es pérfida lujuria lo que habrá de confesar, más bien codicia...

El del moco lo miró sin comprender, sorbiendo un gargajo, babeando lascivia.

—Es magna la ocasión. Y peliaguda... Estarán las coronas. Habrá notables, y mercaderes —explicó el del palillo, aunque no se lo pidieran, y se acompañó pintando florituras en el aire con aquel mondadientes de saldo—. Toda clase de alimañas. Sólo faltarán el sanedrín y sus sabios...

Tampoco entendió su compañero, demasiado ocupado con un moco atrincherado. Metía con tanta fuerza el dedo que uno de los ojos se tambaleaba.

—El obispo —aclaró el del palillo— precisa de arañas que le ayuden a tejer sus telas... Tiene muchas moscas que atrapar.

—Pues yo, lo juro por mis muertos —remató el de los mocos con sonrisa lobuna—, yo sólo correría así para meterla en caliente donde la Juana. —Mirando el trofeo en la punta del dedo.

—Mejor será que trabajemos —concluyó el del palillo, perdida la esperanza de hacerse entender.

Y, como no sabían de aquella muchacha encaramada en el andamio, pensaron que estaban solos.

Pero no cubrieron con tierra al pobre desgraciado del zurrón. Las palas quedaron clavadas en la montonera al costado de la tumba.

Se echaron dentro y desarrollaron la mortaja.

—Si la Providencia nos sonrío —dijo el del palillo, esperanzado—, el buen san Dimas se habrá ocupado de que tenga más que el último.

Antes de que el canónigo cruzase la muralla ya le habían birlado al muerto lo poco que le quedaba. Porque la bolsa se la habría quedado aquel novicio de San Martín Pinario, para echarla al cepillo o para entretenerse con las mancebas de la Juana. Y las botas se las habían cambiado por sandalias de suela agujereada y correas rotas.

No les quedó mucho a los enterradores, pero ése era su nego-

cio. Porque, por palear tierra, el obispo Gelmírez pagaba con dos responsos y la promesa de gloria eterna, que no calentaba en invierno.

Lo dejaron desnudo, blanco y tieso, como un cirio en la negra tierra. Le quitaron lo puesto, estropeado por las leguas del camino. Dos monedas francas de bordes mellados, que nadie habría querido aceptar a lo largo de la travesía. Un par de monedas de queso y un mendrugo reseco, que salieron del zurrón, uno de aquéllos del Pirineo, con pellejo de oveja sin esquilar. Una muda sucia. Y una medalla, tan sobada que no había cristiano que reconociese al santo.

Poca cosa, hasta que el del palillo, al cerrar el zurrón, se extrañó.

—¡Eh! Por las sandalias del buen Jesús cuando entró en Jerusalén. ¡Por las palmas que lo recibieron! ¡Hay algo aquí!

Le retemblaron tanto los carrillos en aquella ruina de boca que, más que hablar, resolló como un mulo cuesta arriba. Pero el tono fue inconfundible. Uno se olvidó de los mocos y el otro del palillo.

Había algo escondido en la tapa.

Algo pequeño, pequeño pero valioso. Por qué ocultarlo si no lo fuera.

Y la muchacha, desde las alturas, se estiró. Arriesgó a asomarse, sin darle importancia a que al tablón donde hacía pie se aguantaba a diez varas del suelo.

Incluso dejó de roer el cuero revenido. Y las tripas protestaron. Pero no hizo caso.

## IV

Con el muerto desnudo y la posibilidad de que la mañana trajese a cualquiera de paso, había que darse prisa.

Las nubes que molestaran al canónigo para atinar con la hora

empezaron a descargar, con mansedumbre. Y, bajo el orvallo, el zurrón lo lanzó el del palillo al abrigo de la tapia del cementerio. Para que no se mojase mientras paleaban.

—Subió al monte, tomó la palabra y declamó aquello de que bienaventurados los que trabajan...

Hizo una pausa solemne, revolvió el dichoso palillo, como si pudiera arreglar los escombros en su boca.

—... Ventilemos el asunto —continuó con sorna—, que éste no tiene el olor incorrupto de los santos varones...

Y el de los mocos resopló una risilla.

Juntos compartieron un último vistazo al zurrón, de puntillas en la fosa, para ver por encima de la montonera de tierra.

Ambos sonreían satisfechos y, cuando el del palillo tomó su pala, la muchacha se movió.

Había llegado su oportunidad. Y su oportunidad se enrevesó de mala manera.

## V

La mañana tenía algo fresco. Agradable.

Porque no soplaba de poniente.

Cuando soplaba de poniente, anunciando mal tiempo, se esparcía el tufo de los ajusticiados.

Ahorcados y abandonados más allá del cementerio, de la capilla, del palomar de la Trinidad. Para que se pudriesen colgando de picotas. Para que el visitante supiera a qué atenerse.

Y cada uno tenía la cartela de su delito a los pies, órdenes del obispo. Hubiera sido una blasfemia ponerla sobre sus cabezas, así habían crucificado al buen Jesucristo bajo el título de Rey de los Judíos.

Tenían su última palabra a los pies, tallada con prisa en algún desperdicio de las obras.

*Proditor.*

Grabado en el resto de un puntal roto. Manchado de lo que se escurría por las perneras del pobre desgraciado. Y el madero, carcomido, era refugio de chinches rojas punteadas de negro, que no le daban importancia a vivir bajo un cadáver.

*Rebelis.*

Las letras, trazos rápidos de un tizón, salpicadas de mierda de paloma. Y sobre ellas lo que quedaba de uno de los hombres del Rano.

*Apostata.*

Como una ofrenda, bajo huesos que ni los cuervos aprovechaban. Entera porque aguantaban sus ropas, de lino teñido con el triste gris de las agallas de roble. Aún tenía una larga trenza que se derramaba sobre un pecho convertido en raspa. Y en la trenza había pétalos del cerezo que floreaba la esquina del cementerio. Pétalos, ramillas, y hojas secas del otoño pasado. Aquella trenza era cuanto quedaba que aún parecía humano. Y no aguantaría mucho, los cuervos la deshacían para arrancar cabellos que se llevaban a los nidos.

*Revolutionarius.*

Escrito con tiza en el peldaño roto de una de las grúas de rueda.

Uno tras otro. Daban la bienvenida a Compostela.

Algunos, para entrar por la Trinidad, se tapaban las narices con un trapo viejo. Otros incluso los ojos.

Afortunadamente, esa mañana, soplaba de levante. El viento pesaba con el polvo de las obras, y traía el repicar de los cinceles mordiendo la piedra.

La ciudad se desperezaba.

Y por eso, porque el frío húmedo de la mañana aún las empujaba a los escondrijos entre las piedras, ni las lagartijas le hicieron competencia. Y las lagartijas hubieran sido las únicas capaces.

La muchacha se descolgó por los postes del andamio como una araña remendando su tela. Sin ruido.

Saltó al tapial que rodeaba el cementerio y, sin apartar la vista de los enterradores, atenta a que no se volviesen, sin miedo a caerse, correteó por el palmo escaso de las piedras que coronaban el muro. De haberse topado con un gato de ronda, uno de los dos se habría ido al suelo.

A espaldas de los enterradores, a cubierto por la montonera de tierra de la tumba, descendió. Metiendo dedos de uñas mordidas en las rendijas, sigilosa, un palmo cada vez.

Cayó acuclillada con apenas un susurro, junto al zurrón.

Demasiado ocupados por terminar, los enterradores paleaban.

Por encima de la montonera de tierra la muchacha veía las manos, los mangos de las palas, a veces una coronilla. Y, para acompañar el ritmo de las paladas, el de los mocos silbaba, y desafinaba.

Sin apartar los ojos de la escena, guiándose con los dedos, la muchacha trasteó en el zurrón.

Y allí estaba.

En la tapa, cerrada con un pasador de cuerna, habían disimulado una segunda capa de cuero y, entre ambas, un bolsillo.

Allí estaba.

El peregrino lo habría comprado con sus buenos ahorros al llegar a Compostela, para llevárselo de regreso como prueba del largo camino.

Apenas del tamaño de una moneda, pero mucho más valioso. Encerraba hogazas de pan, un par de lascas de tocino e incluso, con suerte, un queso de oveja. Quizás un tarro con el remedio de grasa de oso.

Era muchas cosas. También un alivio que iluminó su rostro pecoso.

En la palma de la muchacha había una pequeña concha de vieira, de plata, engarzada con un arillo para servir de colgante.

Y fue culpa de la plata. La plata tuvo la culpa de que cometiese su único error.

No pudo evitarlo. La plata traía recuerdos. La plata susurraba historias que era mejor olvidar.

No pudo evitarlo. Contempló la joya, palpó el trabajo del orfebre. Las suaves ondas que se esparcían desde el centro. Era de buena factura. Había salido de un taller con oficio. De uno del que conocería el nombre. Habría sido amigo de su padre.

Se despistó.

Debería haber escalado de inmediato. Desaparecer. Perderse entre los tejados de la ciudad.

Pero la plata la atrapó. Como había atrapado a su padre.

Las palas ya no susurraban en la tierra.

—¡Farisea! ¿Qué demonios haces?

## VI

En un instante todo su mundo era plata.

Al siguiente, la bota sucia, llena de tierra, le dio una patada que la estampó contra el muro. Sus dientes chocaron con tal fuerza que la muchacha oyó el chasquido, de tenazas al cerrarse.

—Hija de la grandísima ramera de Babilonia, ¿quién te crees que eres?

Habló el del palillo. El otro retiró el pie con el que acababa de patearla y se abalanzó sobre ella, con manos a las que miles de paladas habían dado fuerza.

La cogió por la túnica, que le quedaba grande, que se había teñido con algo mejor que las agallas de roble, y que aún conservaba un amarillo pálido. Era de su padre, la única que no se había quemado.

La cogió y no dijo nada. Ya hablaba el otro por los dos.

—¡Ladrona! ¡Filisteas!

El tufo de aquella ruina de boca le dio otra patada a la muchacha.

—No heredarán el Reino de Dios. —Haciendo bailar el palillo—. Ni los avaros, ni los borrachos, ni los maledicentes, ni los estafadores... ¡Ni los ladrones! Eso escribió Paulo a los Corintios.

El otro la sujetaba con fuerza. La vieja tela se desgarró.

Una mano terrosa arrancó la concha de plata. Y la otra la sacudió con fuerza, como si estuviese madura para que cayesen más tesoros.

A ella le costó reaccionar. Estaba perdida en recuerdos de plata.

—¿La despachamos con el muerto? —gruñó el de los mocos.

Y antes de que el del palillo contestase, la muchacha reaccionó.

—¿Qué hiciste para cagarla? ¿De qué convento de mamarra-chos te echaron?

Preguntó airada, con firmeza. Y sorprendió a los otros dos, les faltó un pelo para dar un paso atrás.

Y la muchacha no se detuvo.

—¿Eres bujarrón?, ¿te gusta ofrecerte agachado?

El otro no la soltó, las viejas costuras amarillas se desgarraron.

—¿O te gustaba demasiado? —preguntó descarada—. Porque, con esa boca de mierda no creo yo que...

No podía saber de qué hablaba, tenía apenas once, doce años, a lo sumo, era una chiquilla asustada. Los dos enterradores se miraron.

—Importa un carajo —se contestó ella misma, burlona—, ¡fuera lo que fuese! Lo que importa es qué coño dirán los canónigos cuando sepan que los muertos de la Trinidad pierden hasta la mortaja...

## VII

Y el del palillo se sacó el maldito chisme de entre los dientes y apuntó con él. No hubo sermón, ni aires de homilía. Las palabras saltaron como esquivarlas.

—¡Tu padre debería lavarte la boca con jabón!

Pero, para asombro de los enterradores, la mugrienta criaja no se arredró. Ni siquiera pestañeó. Los ojos, limpio azul en la cara sucia, centellearon.

—Jabón es lo que deberías embutirte en esa boca de mierda —le espetó incorporándose, con desafío—, ¡hijo de la gran puta!

Los enterradores se repartieron la sorpresa, ambos boquia-biertos.

—¡Cobardes de mierda!

Y la muchacha se llevó los dedos a la boca y silbó.

—En el nombre de...

El del palillo no acabó la frase, tuvo que girarse. Algo se acercaba.

Y al de los mocos se le aflojaron los dedos, y las costuras de la vieja túnica, donde el amarillo aún tenía fuerzas, respiraron aliviadas.

—¡A ellos! —ordenó la muchacha.

Atravesaba el cementerio como si el suelo ardiese. Con la boca abierta y los dientes asomando.

—A ellos —repitió.

Era un perrazo pastor, de los que guardaban a los rebaños del lobo. Sucio, desgredado, pero con hocicos capaces de tronzar las lápidas del cementerio.

Gruñía. Sordo y bajo. Como el retumbar antes del trueno. Gruñía y corría. Enseñaba los colmillos a cada zancada. Dejaba atrás espumarajos de baba, y las garras, cuando las estampaba para darse impulso, escupían terrones.

—Si le ordeno que os despache —amenazó la muchacha—, mañana os cagará en cualquier esquina...

No sabían de dónde había salido. Y ahora faltaban una docena de trancos para que los alcanzase.

La mano soltó la vieja túnica, demasiado grande, y ella cayó al suelo, de culo, tan fuerte que golpeó el pecho con el mentón.

Y fue el de los mocos quien encontró las palabras:

—Corre..., ¡corre! ¡¡Cooorreeeee!!

Y no lo esperaban en casa de la Juana.

Pero no se movieron. El miedo los clavó en el sitio.

La que sí echó a correr fue la muchacha, que renunció a la concha de plata y se conformó con el zurrón. Lo volteó sobre el hombro y trepó a toda prisa el muro.

En un abrir y cerrar de ojos se escabullía hacia los tejados de las chabolas al pie de la muralla.

Ni siquiera miró atrás, se perdió por las cornisas, los aleros y las vallas. Sólo echó otro silbido sobre el hombro.

Y el pastor, al oírlo, cerró la boca de inmediato, dejó de gruñir y, para asombro de los enterradores, saltó la fosa, esquivó la montonera de tierra, derribó una de las palas allí clavadas, y continuó como una flecha.

Antes de cruzar la Puerta de la Trinidad giró a toda prisa, como la muchacha. Para perderse en el laberinto de casuchas garrapiñadas a las afueras de la ciudad.

## VIII

No pisaba el suelo si podía evitarlo.

Y en aquel tramo oeste de las murallas, en obras, como la catedral, como la mitad de Compostela, donde no había una pila de maderos, había un andamio, o incluso la gran rueda de una grúa.

Los tejados de las chabolas, los tenderetes que vendían lo que no se aceptaba en el mercado de Mazarelos, hasta las cuerdas de tender o los secaderos para el pescado y las cecinas. Y, si no quedaba otro remedio, alguna higuera, o los manzanos que aún aguantaban en medio de aquellas miserias.

No pisaba el suelo.

La muchacha volaba por las marañas de maderos, saltando andamios, escurriéndose entre travesaños.

Y dejaba bailando el cubo de argamasa que subían desde una polea, y se olvidaba de que algún esportillero le mentase los muertos.

—¡Cagüen la leche que mamaste!

O del juramento de uno de los capataces, que la maldijo con el pulgar entre los dedos y sacudiendo el puño.

—¡Cría del demonio! ¡¡Sal de aquí!!

Y el perrazo esquivaba piernas, carretillas, los cascos de los caballos. Saltaba por encima de fajos de lana, o se escurría bajo un carro. Obediente.

Cruzaban como centellas. Él en el suelo, ella jugándose la vida allí arriba. Y dejaban tras de sí insultos, escupitajos y frazadas de paja volcadas.

La muchacha brincaba, saltaba, ignoraba el vértigo con los ojos brillantes. Con agilidad de gato y prisas de halcón en picado. Cruzaba por tablones donde apenas cabían los pies, o se colgaba con una sola mano, con un par de dedos, de un poste para darse impulso.

## IX

Desde allí arriba veía Compostela como sólo podían hacerlo las palomas.

Y Compostela despertaba.

Alimentada por peregrinos e impuestos, Compostela se desbordaba. Y el obispo, su eminencia Diego Gelmírez, echaba más canteros, más carpinteros, más herreros; hasta alarifes venidos del sur del Tajo. Lo que fuese para convertirla en el faro de la cristiandad.

La vanidad del obispo había hecho vanidosa a la ciudad.

Donde no levantaban una casa, se reparaba un establo o se construía una fuente, se pavimentaba una calle o se arreglaban las murallas. Todo nuevo y reluciente. Para mayor gloria del apóstol Santiago, y de su obispo. Dios mismo no permitiese que nadie se olvidara del obispo Diego Gelmírez.

*El obispo quiere capones,  
y en Roma que coman cagajones.*

Así cantaban las coplillas de los rebeldes en la taberna del Rano, cuando no había soldados cerca.

Y cada nuevo mercader que se instalaba en la ciudad barría a un labriego, a un curtidor, o a un zapatero.

Compostela despertaba, y tenía legañas.

Como tumores, alrededor de Compostela crecían barriadas donde había lino pero no seda, donde incluso el lino podía ser demasiado y había que apañárselas con cáñamo basto. Allí vivían familias que recortaban el moho del pan viejo, y que lo recortaban muy justito, sin hacerle ascos a las pecas verdosas en la miga.

Dentro de las murallas era distinto. Dentro de murallas preocupaban las apariencias. Comenzaba el revuelo del gran juicio, los señores se acicalaban, las damas de la reina Urraca peleaban por escoger el brial que vestiría, en el palacio del obispo dos canónigos repasaban la acusación, pero allí, en la miseria que abrazaba las murallas, la ciudad era otra.

Se reavivaban fuegos que los lacayos no habían atendido durante la noche, se pelaban nabos si los había, algún afortu-

nado ordeñaba una cabra, otros hacían gachas con harina rancia, y un par de niños, tan parecidos que sólo podían ser hermanos, salían con cabos y liga para colarse en los bosques y cazar pajarillos con los que espantar el hambre.

Al pie de las murallas, levantadas por un antiguo obispo para repeler los ataques normandos, vivían los que no tenían para vivir en Compostela.

Vivían o malvivían.

Y la muchacha voló, como los pájaros, mientras el orvallo se cansaba y dejaba de lamerlo todo.

Se detuvo en el vertedero junto a la Puerta Faxeira, la entrada sur de la ciudad. Allí los chuchos les disputaban a los jabalíes las basuras. Y un gato manchado los miraba desde un tejado combado.

Allí tuvo que bajar al suelo, y abrazó al perro, que empezó a lamerle la cara.

—¿Quién les habría comido los huevos a esos dos cabrones?

El rabo del pastor se sacudía con fuerza. Y ella, jadeando tras la carrera, sonreía. Las palabras eran rudas, pero el tono, el de un juego.

—Eh, ¿quién?

## X

Pasó junto a ellos una caravana de carros tirados por bueyes, cargados con bloques de piedra para la catedral.

El olor penetrante y dulzón de las bestias hizo que el perrazo ventease el aire y la muchacha aprovechó para repasar su botín.

El zurrón no era mucho. Más bien poco. El de los mocos se había quedado con la plata. Pero decidió no volver a pensar en ello.

—Vayamos a ver a Elo —le dijo al perro—, a ver si nos da algo para la pierna de Quirce.

Y entraron en la ciudad junto a una mujeruca encorvada que llevaba bajo cada brazo manojos de grelos, por la calle que le decían Franca, o del Franco, donde se instalaran, en tiempos, los canteros venidos para levantar la nueva catedral.

El perro callejeaba entre los carretones y los pasos rápidos de quienes estaban ocupados. Ella se colgaba de los andamios, los aleros y las cornisas.

De camino a casa de la meiga. Como tantas otras veces.

Y a ninguno de los dos se le ocurrió que era mala idea. Porque, si alguien buscara a la muchacha, si alguien tuviera interés en encontrarla, en las curtidurías del norte, en las murallas en obras al oeste, entre los centinelas de la reina en el este o en aquel vertedero en el sur, todos sabían que tenía tratos con la meiga.

Y todos sabían que la meiga se entendía con los rebeldes. Y que la meiga y su gato de madera tendrían las puertas abiertas, desobedeciendo la prohibición del obispo.